

Lucía Ramírez Nicolás

LAGUNA NEGRA

minotauro

Capítulo I

No otra reunión familiar. Por favor, no más. ¿Qué había llevado a su querida abuelita, la Matriarca, a armar una junta a mitad de semana? Consuelo ya tenía más que suficiente con las juntas de todos los domingos. Si volvía a escuchar lo bien que le estaba yendo a su hermana Jacinta en su tour por la India, conociendo faquires, inventando nuevos tipos de pociones, alguien iba a salir con un bototo marcado en la frente. Ya estaba aburrida de escuchar a todo el mundo hablar de lo bien que le iba a su hermana Mara con sus pociones de amor al frente de la plaza de Laguna Negra y de lo estupendo que le iba a su otra hermana Ada con el espiritismo. Chata. Veinticinco años de lo mismo. Sus parientas se paseaban por todos lados con sus animales mágicos de compañía, sus “familiares”, enrollados en el brazo, en los bolsillos, a un costado: una gata moteada, una boa, perros fifís, quiltros, una oveja por ahí. Le dejaban claro, sin decirlo, que ella no tenía uno: no tenía magia. Consuelo era su propio familiar. La oveja negra de la familia. Aunque tampoco es que les tuviera pica, en absoluto. No necesitaba bichos para validarse como bruja. Se las arreglaba muy bien, no tenía que gastar en alimento para mascotas exóticas y su ropa no se llenaba de pelos.

Metió el Whiskat con laxante en una bolsita en su cartera, un regalo para la familiar de su hermana Mara. A ver si se veía igual de bonita con el pelo lleno de caca. Esa gata le tenía mala, le decía cosas al oído a su hermana cuando creía que no la estaba mirando. Obviamente no podía escucharla, pero sabía, lo veía en sus ojos grises y su cola blanca levantada. La miraba con asco, arrugando su nariz rosada. Según Mara, la gata contaba

que había sido una socialité viñamarina en su vida pasada. Consuelo pensaba que la gata estaba mintiendo, pero no tenía cómo saber. Los familiares solamente podían hablar con sus brujas y Mara era demasiado manipulable. La culebra de Ada era más tranquila. Se movía poco, molestaba solamente cuando quería comer, que era más o menos una vez al mes y muy lejos de su dueña vegana. Era muy fotogrameable, además. Mucho más encantadora que Ada, que se enojaba cuando la tomaba prestada para hacerle propaganda a su negocio de tarot. Nada decía “negocio confiable” como una boa constrictor saliendo de un cráneo de plástico. Consuelo se arregló el vestido negro de tul con escote hasta el ombligo, acomodó su pañuelo, sus collares infinitos. Podía ponerse un par de anillos más, le quedaba espacio en un dedo. Quizás ese de cuarzo morado con forma de calavera, aunque tapara parte de los otros. Su abuela odiaba con toda el alma que se vistiera “como bruja”, así que era perfecto. Se repasó el rouge color vino, combinaba sin querer con su pañuelo. Se arregló el pelo mientras bajaba por la escalera; esas plumas enredadas en cadenas en sus mechones largos siempre podrían estar un poco más enredadas. A su abuela le iba a dar un ataque. Perfecto. En una de esas se moría la vieja y le dejaba la casona. Aunque no; seguramente se la iba a dejar a su hermana regia y trotamundos para que tuviera dónde llegar cuando volviera a Chile. Era la heredera natural, la hermana mayor, la matea, la más linda. Ella se iba a quedar para siempre en su casa de madera podrida del año de la pera. De todas formas, ese ambiente de casa embrujada le hacía bien al negocio del tarot, alineaciones de aura y demases: sus clientes quedaban tan encantados con las luces tenues, el humo de pachulí y las ventanas amarillentas que ni se daban cuenta de que los estaba estafando de lo lindo. No era su culpa que la gente fuera tan pava. Tampoco que su ciudad fuera la capital esotérica del sur de Chile. Ella solamente aprovechaba y recolectaba toda esa plata maravillosa. Tomó una foto de su look desde el mejor ángulo —cuidando de no rescatar el desorden, para sus miles de seguidores de

Photogram. #witchesofphotogram #astrologersofphotogram. Los *likes* no se demoraban tanto en llegar como ella en arreglarse.

Cinco minutos tarde. Se iba a poner a llover, había olor a casi lluvia, el ambiente estaba pesado. Predecir la lluvia era como un superpoder, ¿no? No en el sur. Se puso un abrigo enorme de piel de zorro falsa, igual que sus lecturas del futuro, pero la gente no tenía por qué saber. Gozaba con las miradas horrorizadas de su hermana Ada.

Consuelo salió a la oscuridad, al frío. Abrió el paraguas y se puso a llover: justo a tiempo. La lluvia formaba velos alrededor de las luminarias de madera de imitación con faroles led.

Las calles de Laguna Negra estaban semipavimentadas. Donde vivía Consuelo, nada. Su casa estaba en el casco antiguo, que no tenía vista al ni al lago ni al volcán —y si no tenía vista no les importaba a los turistas, y si no les importaba a los turistas, daba lo mismo si se convertía en un barrial con las lluvias —. Su vestido estaba juntando un buen montón de barro en la falda, y tenía sus bototos Dook Martians, obviamente no-chinos, embarradísimos. Qué hermoso iba a ser llegar a la casa de la Matriarca después de caminar siete cuadras y posar sus patas cochinas en la alfombra turca del hall, hecha a mano por vírgenes enclaustradas. Si la obligaban a ir, al menos iba a hacer que valiera la pena. Tuvo que cancelar dos lecturas y un tema de vidas pasadas, sesiones de cuarenta mil pesos la hora. La legitimidad del apellido familiar y sus habilidades communitymanagerísticas le habían servido bien. A veces la magia de vender la pomada era mejor que la magia real. Le había quitado varios clientes a Ada, que de verdad podía comunicarse con los muertos, y ella todavía lo resentía. No era su culpa que la gente prefiriera escuchar que el tío Mateo andaba feliz en el cielo jugando naipes en vez de penando una casa de mala reputación: la gente no quería la verdad, quería paz mental. Lo que les daba Ada era muy crudo; Consuelo lo adornaba y cobraba el doble. La gente se iba contenta y ella podía pagar otro mes de PeliFlix.

Cuidó de saltar encima de las pozas más turbias. Había un mojón de perro al lado de la vereda. Demasiado asqueroso. Iba a tener que quedarse con el olor a caca, y en realidad no tenía tantas ganas de molestar como para esforzarse así. Saltó cuidando de no pisarlo.

Siete minutos tarde. Consuelo se quedó mirando una vitrina cerca de la plaza, la que hace dos días todavía tenía un letrero de “Se vende”. Había cartones tapando las ventanas, tarros vacíos de pintura al lado de la puerta, un cartel de madera sin tallar colgando sobre el dintel. Tenía pinta de tienda de recuerdos, había repisas. Podía ser otra tienda más de chocolates sureños mágicos, o de esas mermeladas “caseras” de cochayuyo y maqui con merkén que ningún lagunanebrero echaría en sus panes amasados al desayuno. Consuelo trató de mirar por debajo de la puerta a ver si había algo, una cuenta de luz, algún papel... ¿Otra tienda esotérica?!

¿Serían reales como su familia o cuenteros como ella? Quizás de esas personas medio-brujas *new age*; había varios estafadores que habían dejado de ser fraudes, pero no tenían idea. Se creían tanto el cuento que terminaban abriendo un tercer ojo o algo por el estilo. Según Ada, que era la experta en espíritus, como un portal de humo que se empieza a volver denso, real. Pinocho versión bruja. En verdad daba lo mismo: mientras le hicieran la vida imposible a su familia, aunque fuera un poquito, bien. No veía mesitas de tarot en la tienda, aunque estaba bastante oscuro, así que a ella no le afectaba demasiado. Aparte, a la gente no le gustaba mucho leerse las cartas, verse el futuro o saber sus vidas pasadas en tienditas de recuerdos; era muy “poco auténtico”. Supieran. Consuelo cruzó la calle, riendo, hacia la casa de la abuela.

Ocupaba toda una mitad de la cuadra tras la plaza, justo frente a la laguna. La oscura casona de su abuela, la Matriarca, se veía aun más negra cuando llovía, casi tanto como el lago. Se

la comía la noche. Las piedras volcánicas de la orilla brillaban con el agua (a Consuelo le gustaba meterlas en los bolsillos y dejarlas entre los cojines de los sofás Luis XVI de la abuela, para escuchar sus chillidos ahogados cuando las pillaba). Era una tradición de años que había empezado con sus hermanas, pero con el tiempo ellas se pusieron fomes, “maduras”.

Su vestido no tenía bolsillos, su abrigo tampoco. Mal pensado. Al menos los zapatos tenían barro. Se quedó parada un rato al frente de la puerta, justo bajo un chorro de agua sucia que caía del techo. Su paraguas quedó asqueroso, lleno de hojas y mugre.

Veinte minutos tarde. Consuelo cerró los ojos y disfrutó el viento frío en su cara. No quería entrar todavía.

—Ya, suficiente —Ada abrió la puerta y miró a Consuelo con cara de susto. Ella le sonrió y se encogió de hombros, pasó, sacudió el paraguas sobre la alfombra turca y se limpió los zapatos ahí mismo. Bien embarrada. Su hermana sacudía la cabeza.

—Ya, si llegué, ¿o no?

—Todos saben que llegaste hace cinco minutos, Consuelo. Hay tres clarividentes en esta casa, y claramente cero al frente mío. —Consuelo levantó una ceja.

—Ay, qué lindos, ¿me estaban esperando a mí nomás?

—La reunión era a las siete.

—Ya, ¿y?

—Son las siete veinte.

—Ya, ¿y?

—Deja tu animal muerto en la entrada, por fa. Y sácate los zapatos, a la abuela le va a dar un ataque.

Consuelo se sacudió el agua una vez más y colgó su abrigo sobre el de su hermana. La casa estaba calentita, con olor a estufa recalentada y kuchen de murtilla recién salido del horno. Como casa de típica abuelita sureña, solo que su abuela no era típica, ni “abuelable”. Tampoco sabía hacer kuchen; los pastelitos los preparaba Mara. Le sonaron las tripas tan fuerte, que el familiar

de su abuela, un sabueso igual de añejo que ella, se espantó y casi rodó por la escalera. Consuelo no había comido desde su almuerzo paupérrimo frente al computador, investigando a sus clientes de la tarde: *likes* y *retalks* de Talkter, grupos de Social-book, fotos y amigos de Photogram. Todo. Prontuarios policiales, blogs, comentarios en el diario. Igual era harto trabajo reconstruir a una persona; su familia no tenía idea de lo que era esforzarse para inventar futuros interesantes y vidas pasadas satisfactorias. Una de sus clientas, la que habría estado viendo a esa hora, era fan de todo lo francés. Le había inventado un futuro tomando clases de repostería parisina en Santiago, conociendo a un hombre más joven que hablaba francés y teniendo un amorío, entre otras cosas. Se podría haber cumplido: había puesto “interesada” en un taller de un tal instituto culinario francés y el profesor era un chiquillo de Lyon, que, según su Photogram, tenía gusto por las mujeres un poco mayores, y ella era bastante de su tipo. Tenía chamullos armados para absolutamente todas las cartas del mazo, y ya casi tenía manejado el arte de la magia de mago de cumpleaños: habría podido hacer demás que sacara las cartas que ella quería. Habrían sido cuarenta mil pesos bien ganados. Y todos felices. Pero, obvio, muy inmoral lo que hacía. Ho-rrri-ble.

Menos mal sus clientes no habían tenido problemas con reagentar —para cuando los astros estuvieran en posición, obviamente.

Capítulo II

La abuela esperaba en el living, sentada en su poltrona roja, lalisando su chaleco, mirándola con cara de “qué lata”. A esas alturas parecía que ya se había cansado de decirle que se vistiera como la gente. Sus hermanas salieron de la cocina, cargando tazas y teteras en bandejas, platos con kuchen chorreando, todavía sin cuajar. Una tortura. El olor se metía por su nariz, dulce, ácido. Estaba a dos segundos de pararse a interceptarlos, era mucho. Cuando un trozo aterrizó en su falda ni se molestó en esperar el tenedor. La gata de su hermana hizo un sonido con la nariz, la miró con más asco de lo normal. Consuelo le mostró la boca llena, la gata salió corriendo. Había demasiadas señoras pesadas en el living ya. Pobre Mara, con una familiar tan penca. No merecía a “doña Rita”, se suponía que los familiares estaban para ayudar, no para pedir cosas y darse aires. El Whiskat laxante esperaba su turno bien empacado en la cartera.

La abuela le acercó una servilleta bordada. Tenía la cara llena de migas, los dedos embetunados de crema. No se había dado ni cuenta, ya no le quedaba kuchen. Dejó el plato en la mesa de centro, que estaba ridículamente lejos del sofá. Tuvo que pararse y cruzar frente a la abuela. Sus hermanas la miraron incómodas; Mara, sobre todo. Siempre la miraba como con pena. Como si fuera su culpa o algo. Ada era más práctica: para qué la seguían invitando si no tenía nada que andar haciendo ahí. No poseía magia, no tenía nada que ver con los negocios y las decisiones arcanas; además le cargaba ir a las reuniones, pero más le habría cargado que no la invitaran. El ritual de llegar, pelear con Ada, pelear con doña Rita, escuchar los regaños de

la abuela, comer comida casera, robarse un par de pociones de la cocina, irse con unas sobras, era parte de su vida. Aparte, las reuniones siempre incluían algún pelambre del pueblo, y ella vivía para los pelambres. Le ayudaban a interpretar las cartas.

La abuela hizo flotar su taza, como siempre usando sus poderes para imponerse. No fuera a ser que a alguien se le olvidara quién era la Matriarca. Su perro se acercó despacio, se acurrucó a sus pies y se puso a dormir. Había nacido viejo, literalmente. Noventa años al morir, y contando. La abuela decía que cuando era chica le contaba buenos cuentos, cuando se acordaba de los finales y no se quedaba dormido.

—Niñas, estaba rico el kuchen —dijo la abuela. Mara se sonrojó, eternamente vergonzosa—. Démosle gracias a Gaia, la Pachamama, por las murtillas, por la crema, la harina, los huevos.

Las cuatro se acercaron al centro del living y se tomaron de las manos. Cuando agradecían a la Pachamama, a Gaia, Consuelo sentía magia recorrer sus venas, estaba segura. Una especie de calor-frío, como vidrio molido, suave, pequeñas cascadas por dentro. Aunque podía ser su imaginación, como lo que sentía la gente que juraba de guata que sus pociones de agua de la llave con azúcar y colorante les habían ayudado a dormir mejor o a salir con el tipo que les gustaba. Puras mentiras. Las luces de la casa titilaron, la casa se movió entera. No fue la magia, era la tormenta, que ya se comía todo. Se cortó la luz, para variar. El generador se demoró un par de minutos en arrancar, las luces se veían tenues, medio fantasmales. La abuela encendió todas las velas del living con un movimiento de la mano. Pfff. Ella podía hacer lo mismo con las velas de led de su casa, con una app en su celular.

Ada puso el libro de ceremonias al centro de la mesa, el que ella no podía tocar por no tener ni magia ni familiar: no podía haber una sin el otro. Tremendamente sádico quemarle el dedo a una niña de ocho años por tocar un libro, Pachamama. O Gaia. O *la Gaya*. Filo. Ella la había dejado botada, sin familiar, la había dejado sin magia, la había obligado a dedicarse a estafar

a la gente. Era su culpa. Todo. No le debía nada, ni a su librito que la había dejado para siempre con el dedo chamuscado, con problemas para usar la maquinita lectora de huellas digitales de las clínicas. Claro, si tuviese magia no tendría por qué ir a la clínica; sería hacerse una poción curativa y chao. Mara le ofrecía de las suyas, pero a ella no le gustaba andar pidiendo cosas: pedir significaba ir a la casona en días de semana, pillarse con la abuela, escucharla ofrecer pagarle una carrera de persona normal, volver a vivir en la casa, dejar de estafar a la gente. No. Prefería ir al médico como mortal con niños moquillentos y poner su dedo mil veces en un lector.

—Consuelo, ¿estás escuchando? —reclamó Ada.

—Sí, obvio.

—Déjala, si no tiene nada que ver —dijo Mara, pacificadora.

—Consuelo, es importante que no te vayas a meter ahí, ¿me escuchaste?

—Bueno, ya.

—No estaba escuchando, abuela. Quizás en qué andaba pensando, como siempre. Puras leseras.

—Estoy cansada nomás.

—No estarías cansada si no perdieras tiempo tratando de estafar a la gente. Ya viste ya.

—No.

—Sí.

—Ya, niñas —la Matriarca levantó la mesa de centro unos centímetros y la dejó caer. El plato de Consuelo casi se quiebra.

Se sintieron pasos en la escalera. Las tías. Claro que andaban las tías en la casa. Ada había dicho que había tres clarividentes en la reunión: ella, una. La tía Matilda y la tía Heidi, las otras. La tía Carmen seguramente estaba en el campo; su familiar era demasiado notorio para llevarlo al pueblo.

La tía Matilda andaba con su gallina Flora para todos lados, guardada en el bolsillo del delantal; la tía Heidi llevaba a su ratoncito de campo, Quesito, en el hombro o en la cartera,

dependiendo del lugar y la ocasión. Cuando la gata maldita de Mara andaba acechando, Quesito se escondía en una caja de galletas con hoyitos. Ni la boa le daba tanto miedo.

—Son cuatro —dijo la tía Heidi desde la puerta del living—. Abuela, papás, un hijo. No se ve muy claro —se arregló el pelo, lo tenía desordenado.

—¡Hola, mi niña! —la tía Matilda se acercó corriendo a saludar a Consuelo. La gallina le picoteó la mano en saludo también—. Cuidado con los cordones —le dijo.

—¿Y nada más? Eso ya lo habíamos visto —la abuela se acomodó en la silla.

—Hay algo tapando, no se ve nada, nada. ¡Pero nada! —la tía Heidi le dio un cachito de kuchen a su ratón.

—Pero qué va a ser, ¿miraron bien? ¿Usaron la bola de cuarzo, la poción de la Mara, el espíritu que llamó la Ada? ¿Nada, nada? —parecía que la abuela se iba a desmayar.

—Pareciera que tienen una maraña de espíritus dando vueltas, enmarañados así —la tía Matilda hizo un movimiento con las manos. La gallina aleteó—. Y hacen como las hormigas de la tele.

—Interferencia —dijo Ada.

—¡Eso!

—Puede ser. Podrían tenerlos de protección, o algo así. También podrían ser su fuente de magia, no sé. No sé mucho de vudú, pero va a haber que ponerse las pilas, chiquillas —dijo la tía Matilda.

—¿Vudú? Qué onda, ¿de qué me perdí?

—¿Viste? La Consuelo no estaba escuchando.

—Déjala, si no es su problema —Mara le puso una mano en el hombro a su hermana. Con la otra mano acercó su plato sin terminar.

—Igual es medio mi problema, ¿o no? ¿Es la tienda del otro lado de la plaza?

—Sí, la nueva —dijo Mara. Le pasó su pedazo de kuchen, como para callarla un rato. Subestimó su poder de hablar con la

boca llena, como siempre.

—No te vayas a meter ahí, Consuelo —le dijo la abuela—. Mira que se pueden aprovechar, sacarte información. No te puedes proteger, no tienes magia, niña querida.

—Blah.

—¿Cómo?

—Perdón, no fui clara. “Bla-h”. A mí nadie me saca información, que son ridículas. Voy a ir a primera hora, apenas abran. ¿Cuándo es que abren?

—Puede que no sea tan mala idea que vaya a mirar. —Como no tiene magia, imposible que adivinen que es pariente nuestra— se paseó cerca de la chimenea. Su boa, que andaba cerca, subió por su pierna.

—Podría ella sacar información —dijo la abuela, cruzando los brazos—. Si tiene cuidado, sí. Bien. Podría ser, ah. Bien pensado, Ada.

—Ahora se me quitaron todas las ganas de ir —Consuelo bostezó. No tenía ganas de andar de niña de los mandados. ¿Dónde habían quedado las tazas de té?

—Si vas, la Mara te va a hacer una poción, la que tú quieras —dijo la abuela.

Consuelo miró a su hermana: no se veía muy cómoda con el trueque. Poción gratis. Podría revenderla a algún cliente; si jugaba bien sus cartas podría dársela a varios clientes: tenía que elegir una poción útil, de un solo uso, de efecto inmediato. ¿Crecimiento de pelo? Alguna estupidez por el estilo. Algo visible. Quizás podría hacerse la interesante y pedir dos pociones, y pedirle a Ada un espíritu prestado para una sesión.

—Tengo mi agenda copada.

—Para qué haces esto, si dijiste recién que ibas a ir a primera hora, apenas estuviera abierto —Ada se estaba poniendo roja. Trataba de respirar, de calmarse, se notaba.

Consuelo se reía por dentro: nunca iba a ser zen como Jacinta, por mucho que tratara. Ni toda la soya del mundo, ni todo el yoga. Podía apretarla un poco más, la boa tenía la misma idea.

—Copada, dije —Consuelo se arregló los anillos, se echó el pelo para atrás.

—Suficiente, María Consuelo —dijo la abuela. Usó su tono de ultimátum, el que usaba cada vez que se ponía a llorar cuando chica después de olvidarse de las palabras de algún encantamiento que sabía que nunca iba a poder usar. Tenía que aprender, igual que sus hermanas. Su familiar podía aparecer. Tenía trece cuando decidió que no valía la pena seguir enseñándole.

—Me voy, entonces —dijo Consuelo—. Estaba rica la once, un gusto, como siempre. Nos vemos el domingo.

Todas las cortinas de la casona se cerraron, las puertas, las persianas. El fuego de la chimenea se apagó, las velas también. Consuelo se paró al medio del living con la cabeza en alto: no le iban a matonear con trucos baratos. Los espíritus de Ada le daban risa. Además, no le iban a hacer nada, no eran como los del fondo del lago, furiosos. Las luces eléctricas, todavía tenues, iluminaban porciones del living. La gata de Mara se acercó a su cartera, la abrió con la pata. Consuelo sonrió, al menos algo estaba saliendo bien ese día. La gata salió corriendo con la bolsa en el hocico.

—Dos pociones y un espíritu, pero nada más —dijo la abuela. Le cargaba que le levara la mente. Tenía que pedirle a Mara un talismán más poderoso.

—Perfecto.

Podría haber tratado de sacar algo más, pero mejor no apretarla tanto. La abuela todavía estaba en su mente, la sentía detrás de la nuca, abriéndose paso, sus tentáculos psíquicos buscando en su conciencia. Se concentró en un cuadro colgado en la pared. Vacas, un campo verde, árboles, la luna, sombras. Podía pasar horas concentrada mirando una sola cosa, solamente para mantener a su abuela fuera de su cabeza: de las dos, solo una tenía menos tiempo que perder. Las tías encendieron las velas, una por una, sin fósforos, mientras la Matriarca acariciaba a su familiar, mirando fijo a Consuelo. Ella levantó una

ceja, se dio vuelta lo más insolentemente posible y desapareció hacia la cocina. La lluvia sonaba más fuerte ahí, el lado sur estaba recubierto de zinc para proteger la madera. Toda la magia del mundo y quedaban indefensas ante el poder de la Gaya; no había dónde arrancar del clima. La cocina a leña sonaba, las latas se separaban, las teteras y ollas se movían con el vapor. El cañón se estaba poniendo rojo, las llamas iluminaban por las ranuras. Consuelo se preguntó cómo sería poner la mano ahí, un segundo. Cómo sería hacer saltar a doña Rita entre las ollas, ¿se le chamuscarían las patas primero? ¿Se le pegaría la piel? ¿Alcanzaría a saltar? Si la mitad de las cosas que decía Mara sobre la gata eran ciertas, no lo habría pensado dos veces: la gata exsocialité viñamarina habría sido leña de estufa hace rato. Mara se habría quedado sin magia, pero quizás no habría sido tan malo. A veces pensaba que le hacía mal, su hermana era demasiado frágil. Y esa gata había sido una broma ridícula de la Gaya, un insulto cósmico. Además, la gata le caía pésimo. Era razón suficiente para odiarla.

Mara se acercó por detrás, Consuelo reaccionó tomándole el brazo con fuerza. La soltó. El corazón casi se le sale, Mara la miró como un conejito asustado. Mejor sonreír, hacer alguna broma: si quería sus pociones bien hechas, Mara tenía que estar tranquila. Le pidió que encendiera alguna vela, porque estaba oscuro. Le dijo que todavía tenía un poco de hambre, y no era del todo mentira.

Podría haber comido algo más. Era muy temprano todavía, en la casona se cenaba a las nueve, pero claro que su hermana sabía que no tenía intenciones de quedarse a comer después de haber peleado con la abuela y Ada. De todas formas, la comida ya estaba casi lista. El pan estaba en el horno el olor ya era insoportable, estaba listo para sacarlo. La carne a la olla estaba en su punto, después de varias horas sobre la cocina. A la Gaya no le iba a importar si una bruja sin magia comía sin agradecer, ¿o no? Su hermana le sirvió un plato en la cocina, sobre una mesa de roble manchada por cientos de años de pociones, raspada con

cuchillos en ceremonias mortales y otras no tanto. Esa mesa, brillante por todo el uso, había viajado en barco desde Europa con sus antepasadas, había sido lo primero en posarse en tierra firme frente a la Laguna Negra, después de un trato con la Pachamama y las tribus vecinas. Había sido testigo de sacrificios, pactos, guerras silenciosas, y ahora la veía comer estofado de cordero con papas. Mara la observaba desde el otro lado de la mesa, con cara de querer preguntar algo. Un vino no habría estado nada mal con la comida, pero por la forma en que su hermana miraba las hierbas que colgaban del techo y el libro de pociones sobre su mortero regalón, estaba claro que quería discutir el ofrecimiento de la abuela y no el maridaje del cordero. Estaba pálida: ¿qué pensaba que le iba a pedir? ¿Veneno? Si hubiera querido envenenar a alguien habría comprado raticida en la ferretería, convenientemente ubicada al lado del café donde vendían esos pasteles tan ricos. De todas formas, si *de verdad* hubiese querido matar a alguien, no habría sido tan burda como para usar veneno.

Ya sabía lo que quería. La poción más cara, más difícil, del libro de su hermana. La obra maestra. Generaciones y generaciones de brujas de diferentes culturas habían contribuido a perfeccionarla; cada familia tenía su versión y la de ellas era bastante decente. Jacinta, que andaba en la India estudiando pociones nuevas, no había visto ninguna tan peligrosa como esa, decía. Todas guardaban su versión de la receta con la vida. Mara seguía tratando de refinarla, pero solamente por curiosidad científica. Usarla era inmoral, impensable. Las consecuencias eran demasiado atroces. Y hacerla no era tan difícil.

—Quiero la poción para quitar el acné —dijo Consuelo, untando pan en el jugo del guiso. Las papas lo habían dejado perfectamente cremoso. Se derritió en su boca, era el cielo. Ada no tenía idea de lo que se perdía.

Mara la miró muy aliviada, como si le acabaran de decir que no se iba a morir de cáncer y que en realidad había una imperfección en sus radiografías.

—Súper, te la tengo en cinco minutos. ¿Una botella grande? Para que puedas vender varias porciones.

—Sí, dame un litro, o dos incluso, así aprovechas bien los ingredientes —Mara parecía un remolino recogiendo frascos y ramilletes de hierbas, pociones base del refrigerador, paquetes de cosas con nombres en chino.

—Ya, ¿y cuál otra te tinca? He estado trabajando en una que hace perder peso, la podrías vender súper bien. Lo único malo es que a algunas personas les salen ampollas en los pies.

—Quiero la de la página siete —Consuelo terminó de untar el resto de jugo. A Mara se le cayó un frasco. Pestañeó como si tuviera basuras en los ojos.

—La de la siete.

—Sí, esa, mira, ¿te la muestro?

—No, sí sé cuál es la de la página siete. No debería habértela mostrado, la abuela me retó una semana entera, pero le dije *Qué va a pasar, no la puede hacer, da lo mismo que la vea* —Se tomó el pelo con un elástico—. Podría no hacerla. Elige otra poción, cualquiera. La abuela me va a apoyar.

—La abuela dijo que cualquier poción. No dijo que específicamente esa no.

—Voy a ir a hablar con ella.

—Le di laxante a doña Rita —su hermana la miró como si le hubiera pegado—. La próxima vez se me puede pasar la mano.

—¿Qué? Pero ¿no te importa lo que me pueda pasar a mí?

—Obvio que sí, y vas a sufrir un poco. Pero no si me haces la poción —sacó otro poco de pan—. Además, doña Rita, ay, ¿para qué le digo *doña*? Nos obligó a decirle así. Es nefasta tu familiar, Mara. Las cosas que dice que hizo en su primera vida. No te mereces una familiar tan penca, eres demasiado buena, se está aprovechando.

—Se está redimiendo como familiar, está arrepentida. Es media pesada, sí, se da aires y me trata como empleada, pero está aprendiendo. Tenía como noventa cuando se murió, sola. Su familia iba a verla a la clínica y en vez de hablarle discutían qué hacer con su mansión, con sus joyas, con sus casas de veraneo.

—Eso no quita nada.

—Voy a ir a hablar con la abuela —Mara fue para la puerta.
Consuelo se paró de su silla.

—Despídete de tu familiar. Sin familiar no hay magia, ¿de verdad te importa tanto la moral y qué sé yo como para quedarte sin magia?

—Por favor, para.

—Bastante hipócrita igual, si tienes a tu socialité protegida, ahí, comiéndose tu comida, calentándote los pies en la noche. Las dos sabemos lo que hizo, y si es verdad, aunque sea la mitad, no puede ser peor que lo que yo pueda hacer con esa poción —Mara se mordió los labios—. Soy tu hermana, Mara. Mírame. Confía en mí.

—...Ya. Te voy a hacer la poción. Pero no le digas a la abuela, que nos vamos de retada las dos.